

didas en el suelo, despues de profanadas, escupidas, mutiladas ó colgadas como racimos de horea á los hierros de los balcones; aquí y allá, en todas las grandes arterias, en todos los sitios principales, los colosales edificios y los interminables muros de las viviendas vacilando como barcos en la tormenta, bajo la lluvia espesísima de la metralla; los obuses, los morteros, las ametralladoras, todas las máquinas de la artillería vomitando la destruccion; los techos que se desploman con estrépito sobre las bombas que revientan en mil pedazos; el aliento abrasador de los cien volcanes abiertos en los puntos más importantes de aquella babilónica capital; el insufrible hedor de los mares de petróleo en combustion; las ardientes lavas corriendo por el suelo y las espesas nubes de humo velando el sol y cubriendo los espacios; las llamas, ora en conos, ora en espirales, que despiden de su seno ya negras pavesas semejantes á tristes y agoreras aves, ó ya chispas gigantes, fragmentos candentes, aereolitos, espesa lluvia de fuego; el rio cargado de cadáveres y enrojecido por el incendio como si fuera un rio de plomo fundido, mezclado con sangre humana; algo que no ha dicho, que no ha contado jamás en los días más tristes de la historia y en las más espantables visiones de los profetas, ningun apocalipsis.

¡Oh! Ante esta gran catástrofe no nos detengamos en los instrumentos, no hablemos de las causas segundas; la historia y la conciencia nos demandan subir más arriba, subir á las causas primeras para encontrar allí el origen de esta memorable tragedia, y hoy, despues de haber estudiado con calma las piezas principales de este proceso, repito lo mismo que dije, al pié de la letra lo mismo, recientes aquellas ruinas, entre el humo de

aquellos combates, á las Córtes de la revolucion de Setiembre, con el asentimiento general de todos los diputados, que veian como yo el único culpado de aquellas infamias, el único reo de aquellos crímenes, el único autor de aquellas catástrofes en el Cesarismo y sus secuaces.

»¡Cómo! Despojo de la República; golpes de Estado, obra de una turba de Maquiavelos liliputienses y otra turba de pretorianos ébrios; veinte años de inmoralidad arriba, de servidumbre abajo; los escándalos del Imperio romano reproducidos; las peores pasiones del pueblo atizadas; proscripto el pensamiento sin escrúpulo; erigida la dictadura sin freno; decadencia en Europa; deshonor en América; guerra sin pretexto ni preparacion, en que triunfaba el partido militar de la reciente libertad; ocho batallas perdidas en un mes; la leyenda bonapartista desprestigiada; el César entregado sin honor; Waterlloo reproducido sin gloria; los esfuerzos dantonianos de Gambetta contrastados por la fatalidad; la traicion del dos de Diciembre sobreviviendo al Imperio en los muros de Metz; París caido; el caballo del Pruth relinchando bajo los arcos de triunfo á las orillas del Sena; la República despues de su triunfo nuevamente amenazada, y la sombra del feudalismo rural y de la Monarquía nuevamente extendida sobre la Asamblea de Burdeos; dos provincias desmembradas del suelo nacional; cinco mil millones de rescate prometidos; la ocupacion extranjera aceptada, y vosotros, liberales, vosotros atribuíis á la libertad esta série de catástrofes; castigo grande, sí, aunque no tan grande como la culpa de la generacion proterva que desconoció la austera virtud de la libertad, y alargó dócilmente el cuello á la coyunda infame y vil del Cesarismo.

CAPITULO CXII.

MAS CRÍMENES Y MAS HORRORES.

Despues de haber visto estas batallas en su conjunto, veámoslas en sus particularidades, y despues de haber visto la suerte de las instituciones, veamos tambien la suerte de las personas. El general que llevara el peso de todos los deberes militares en los tiempos últimos de la Comunidad fué indudablemente Dombrowski, aquel polaco de quien dijieran las mayores calumnias y á quien debian principalmente la defensa de la ciudad. A las seis de la mañana del dia veintitres cayó herido mortalmente al pié de una barricada en la calle de Myrrah. Sus gentes huian despavoridas al estruendo de la batalla, y queriendo reanimarlas, cayó atravesado de parte á parte. Recogido en unas parihuelas, y llevado á la Casa de la Ciudad, se retorcia por el camino de dolor y saltaba á los sacudimientos de espantosa agonía. Las convulsiones eran de tal manera terribles que parecia romperse su cuerpo en mil pedazos, y durante los cortos respiros que le dejaba el dolor para volver á la vida, exclamaba agitándose como un poseido ó un furioso: y aun dirán que hice traicion.

Al fin se apiadó de él la naturaleza y despues de dos horas de terribles dolores lanzó el último suspiro al aire cargado de miasmas de muerte; y el último recuerdo al seno de su desgraciada familia. Al dia siguiente, veinticuatro de Mayo, le llevaron á enterrar. Resonaba el cañon, la fusilería, la campana que tocaba aun á rebato; hervian los próximos incendios con el resuello de una fragua titánica; pasaban por las cercanías del cementerio algunos fugitivos y aun algunos heridos; el cortísimo cortejo fúnebre mostraba en su desesperacion contenida por el respeto, envidiar la suerte del que habia muerto y aun contaba con una sepultura, último consuelo negado tal vez próximamente á todos; y entre tantas emociones, alzó la voz el misántropo Vermorel para tronar, no contra la tropa que ya se acercaba furiosa al fúnebre lugar de esta luctuosa escena, sino contra los comuneros, horda, segun él, de cobardes y de borrachos, que la víspera acusaban á su jefe de traidor, y que en la hora del peligro, le abandonaban, entregándolo á la muerte, verdadero suicidio bus-

cado en la soledad por no ver tanta vergüenza. El orador cayó herido á su vez en una barricada de París y murió en un hospital de Versalles.

Inmensa carnicería aquel París. La embriaguez del combate había ahogado en unos y otros la voz de la naturaleza. Cogen los versalleses allá por el barrio de Grenelle á un desdichado, á quien creen el comunero Billioray, y le obligan á ponerse de rodillas para sufrir el último suplicio. En vano se retuerce dolorido, se arrastra suplicante, se agarra á las manos de sus verdugos, invoca la justicia humana para que le permitan identificar su persona y demostrar su verdadero nombre; no hay misericordia, lo fusilan. Y no era Billioray. Cerca de Saint-Germain-l'Auxerrois, prenden á un llamado Julio Vallés. La muchedumbre, que acaso pocos momentos antes aplaudía, pide que inmolen á su escritor. Y lo inmolan. Mas no era Julio Vallés. En el muelle de Malaquais son fusilados todos los defensores de la barricada que había frente á la escuela de Bellas Artes. Sus cadáveres yacieron largo tiempo insepultos á la orilla del río. Dentro del teatro de los Bufos, que han oído tantas carcajadas, apilaron treinta y cinco muertos. No había tiempo para llevarlos á los cementerios y los enterraban en las calles. Frente á la embajada de España se veía una fosa tan grande como las fosas comunes en los cementerios, horrible depósito de todos los caídos en el barrio. En medio de París, cerca de los mercados, se eleva graciosa torre gótica que llaman la torre de Saint-Jacques, circuida al pié por un ameno jardín á la inglesa donde en aquella estacion volaban las mariposas y corrían los niños. Plantas, flores, césped verde, todo fué arrancado para abrir algun espacio á muertos descompuestos por el calor, en la última putrefacción, y que infestaban los aires. Sólo un establecimiento particular de la calle de Oudinot recibió cincuenta y dos fusilados. En los bolsillos de uno de ellos se encontraron treinta

mil duros en billetes sin que jamás pudieran identificarse su personalidad.

La muerte de Milliere, el antiguo administrador de la *Marsellesa*, tiene mucho de trágica. Ha peleado hasta el último instante en el barrio del Panteon. La tropa le busca por todos los rincones y da con su suegro, el cual había tomado ménos precauciones, sin pensar que en aquellas horas de terror estaba igualmente amenazado. Ya se lo llevaban cuando se asoma el yerno á una ventana, y grita:

Soldados, Milliere soy yo.

La tropa y la muchedumbre sube á su cuarto en tropel y le injurian de palabra y le amenazan con los puños crispados.

—Soy representante del pueblo, exclama Milliere.

—Puesto que no estais con los diputados de Versalles en cumplimiento de vuestro deber estais con el gobierno de los comuneros, dijeron los soldados.

Milliere no replicó una palabra.

—Luego, añadieron varios del pueblo, presidisteis ayer muy tranquilo el fusilamiento de treinta milicianos adictos al orden de París y al gobierno de Francia que fueron inmolados sobre las escaleras del Panteon.

—No era yo, dijo Milliere.

—Era él, era él, replicó la multitud.

Sacáronle de allí á empujones. Llevaba la cabeza desnuda; iba pálido como la muerte que sobre él se cernía, pero conservaba imperio sobre sus horribles emociones, y claridad completa de juicio. Dos hombres le sostenían y le notificaban que le presentarían al general Cissey. Allí, le dirigió el general hostil interrogatorio, análogo al anterior, y lo despachó hácia el Panteon. En el camino habló Milliere serenamente con los jefes de los pelotones que debían fusilarlo y les pidió como único favor el fusilamiento rápido, la muerte pronta. Al llegar, subió con firme paso, apoyado en un capitán, las escaleras del monumento, y volvióse de cara á los soldados señalando el corazón. Entonces se empeñó

una disputa entre los oficiales del peloton. Los unos querían que lo fusilaran de espaldas, los otros de cara. Uno le volvió hácia el Panteon, otro hácia los soldados. Al fin le concedieron el mirar la muerte frente á frente. Antes de que sonara la voz terrible, tuvo tiempo de quitarse los anteojos, sacar su bolsillo y un peine de concha que llevaba, y ponerlo todo en manos de un oficial á fin de que lo remitiera á su mujer. En estas operaciones, como viera entre tantos rostros curiosos algunos rostros afligidos, se consagró al consuelo de los demás, diciendo: «Una buena muerte enseña mucho á los vivos. Morir es resucitar. ¡Viva la República!» Y cerrada descarga le cortó la palabra. Cayó sobre el costado, con una bala en mitad del corazón y otra en el ojo izquierdo. Sin embargo, aun palpaba. Misericordioso un oficial, le aplicó su revolver al oído y le disparó un tiro. Un sargento le descargó su grueso fusil en la cabeza. Al recibir los últimos objetos enviados por Milliere, poco antes de morir, echó á correr su suegra hácia el Panteon. Ya había muerto. Pidió desolada que la dieran los restos del desgraciado puesto que no podían darle la vida. Un carro de la basura acababa de trasportarlo al cementerio de Montmartre. Corrió allá y demandó el cuerpo de su hijo que aun no había llegado. Dijéronle que era imposible entregarlo si no llevaba una orden del Luxemburgo. Fuése al Luxemburgo, arancó la orden, volvióse al cementero, y el cuerpo de Milliere había desaparecido en la fosa comun entre montones de cadáveres.

Mientras Razoua se salvaba atravesando Versalles disfrazado de cochero y conduciendo el carruaje de un amigo, otros morían; el encuadernador Varlin, allá en el mismo sitio donde fuera fusilado Clemente Thomas y el médico Moilin, cerca del Luxemburgo. Pero la muerte á la antigua, la muerte de un romano perteneció al hombre que se distinguiera siempre por la severidad de sus costumbres, la consecuencia con sus ideas, los

propósitos tenaces, al hombre en cuyas manos debía parecer también aquel triste aborto de la demagogia francesa, la Comunidad revolucionaria; al hombre por excelencia íntegro y estóico, al enérgico Delescluze. Severo consigo mismo, también gustaba de la severidad con los demás. No dejaba de honrar ninguna virtud; pero no dejaba de perseguir ninguna falta. Veía antes que todo en la naturaleza humana las debilidades, y las flagelaba sin misericordia. En el trato con los jefes del partido republicano, les cobró odio; y en el trato con los comuneros profundísimo desprecio. Y no le quedaba otro recurso que pelear á su lado y morir con ellos, pues no quería confundir la esencia de la causa con la perversión de sus partidarios. Delegado á guerra en los momentos de la universal desgracia, sus esfuerzos no bastaron á rehacer la disciplina ni á refrenar la anarquía. En aquellas series de dificultades insuperables, hasta naufragó su gravedad por las ilusiones que forjaba ó fingía; por las falsedades que publicaba con el propósito de vigorizar los ánimos y mantener las esperanzas. Al cabo, en medio de tantas promesas, de tantas ilusiones, llegó el día de la entrada de los versalleses en París, el día de la derrota; y en semejante día, ya no debió pensar en vencer, sino en morir. Toda dirección de la defensa se le escapaba de las manos. Cada batallón, cada individuo hacia lo que le cuadraba, sin cuidarse para nada del plan, del conjunto, del resultado. Mostrábase mucho valor individual, valor estéril, semejante al de un desdichado que aguardara sereno en medio de un ferro-carril á la incontrastable locomotora para luchar á brazo partido con su fuerza. En el talento, en la experiencia de Delescluze no le quedaba ya más que un refugio seguro, rehabilitarse á sus propios ojos, redimirse á los ojos de la posteridad con un bautismo de sangre, con trasfiguración verdadera en gloriosa muerte. ¡Qué días aquellos de combate! ¡Qué desorganización de to-

das las fuerzas! ¡Qué anarquía en las ideas y en los sentimientos! Unos demandaban órdenes que no podían darse; otros atribuían desgracias ocasionadas por su propia torpeza á las faltas de la dirección militar. Por esta puerta entraba uno vomitando injurias; por aquella puerta otro con los puños crispados ó las pistolas amartilladas amenazando de muerte. Según la antigua usanza francesa atribuían á sus jefes los propios errores y las consecuencias inmediatas de estos errores. Las llamas que devoraban la Casa de la Ciudad le sobrecogieron de pronto, y debió dudar si moriría allí ó en otra parte, según lo que en semejante infierno permaneció. La undécima circunscripción fué el escollo último donde se acogieron los naufragos de la Comunidad revolucionaria. Allí vencidos, acorralados, mirándose unos á otros con recelo; heridos estos, ensangrentados aquellos, puestos todos en el potro del tormento; los unos, contando con los medios de perpetuar una vida todavía grata, todavía esmaltada de ilusiones y henchida de esperanzas, los más desesperados llamando en su dolor como asilo único á la muerte; ninguno en realidad comprendía cómo sus demencias, su desconocimiento de la realidad, sus palabras violentas, su fiebre revolucionaria, su saña contra los hombres más autorizados de la democracia habían traído el fúnebre desenlace de tan larga tragedia. Aquí la injuria, allá la sospecha; las órdenes más contradictorias cruzándose y perdiéndose en el escrespamiento general de las pasiones; los vencidos renegando del instante en que idearon la empresa, y retoreándose en la más exaltada desesperación y en el dolor más acerbo. Entre aquella tempestad de injurias; sentado unas veces sobre barriles de pólvora, apoyada la frente otras veces en amontonadas barricadas de petróleo; recibiendo ya un fugitivo, ya un herido, ya un aspeado; mirando como poco á poco desaparecían los últimos naufragos en la deshecha tormenta; ambos ojos en el sue-

lo, ambas manos crispadas; pálido y rígido como la muerte, las ojeras hasta los pómulos, las antiguas arrugas del rostro convertidas en verdaderos surcos, Delescluze decidía en su mente ya la resolución suprema de un verdadero sacrificio, de un necesario suicidio. De pronto le anuncian que los rehenes recogidos por la Comunidad acaban de ser fusilados á las puertas de las cárceles. Su palidez se vuelve lívida como el color de un muerto ya enterrado, y levantando los ojos al cielo, exclamó: ¡Cuántos muertos! ¡Qué guerra! Vamos á demostrar que también nosotros sabemos cuando nos toca morir.

El jueves veinticinco, antes de caer la tarde, tras largas horas de combate, decidió consumar el sacrificio. Acercóse á la mesa de la alcaldía y trazó dos cartas, la primera á un su amigo, la segunda y última á su hermana. Esta debe ser conocida, por lo triste, y por lo suprema.

«Hermana mía:

«No quiero, no puedo servir de juguete ni de víctima á la reacción victoriosa.»

«Perdóname si me voy antes que tú te vayas, tú, que me has consagrado toda la existencia.»

«Pero no me siento con las fuerzas necesarias á soportar esta nueva derrota después de tantas otras.»

«Te abrazo con toda la efusión de mi amor. Tu recuerdo será el último que visitará mi alma al entrar en el reposo eterno.»

«Yo te bendigo, queridísima hermana mía, yo te bendigo á tí que fuiste mi única familia después de la muerte de nuestra pobre madre.»

«Adios, adios. Te abrazo todavía.»

«Soy tu hermano que te amará hasta el último instante.»

«A. Delescluze.»

Escrito este último codicilo, tomó con lentitud y solemnidad el camino de la muerte. Había cuidado mucho de su persona como para demostrar que en el francés más cato-

miano queda algo siempre del antiguo ateniense. Iba vestido de negro, ceñida á la cintura su banda roja y sin armas. Bajaba hacia Chateau d'Eau, cuando encontró unas parihuelas que trasportaban al escritor Vermorel herido y moribundo. Esta nueva víctima de aquella desgraciada revolución le afirmó en sus resoluciones, y le movió á desear con más vivo deseo una próxima muerte. Al llegar ya cerca del peligro supremo, dió con algunos oficiales comuneros, que huían de las tropas, y que le incitaban á imitar su ejemplo. Delescluze les apretó á todos las manos como quien se despide para un largo viaje. A la esquina de la calle de Voltaire subió, tranquilo, con majestuoso continente, á pie firme, sonriendo á la visión de la muerte, las escalas de una barricada sobre la cual llovían plomo derretido los obuses. Cayósele el sombrero al subir y mostró desnuda su blanquísima cabeza. El sol poniente la rodeó de misteriosos reflejos semejantes á la aureola que rodea en los cuadros litúrgicos la cabeza de los mártires. Apenas había subido cuando ya estaba acribillado de balas, desplomándose de la altura como si le hubiera tocado un rayo. Era ya de noche y su cadáver estaba todavía sobre las piedras al pie de las barricadas. Dos casas ardían como las antorchas fúnebres de aquel ciclópeo catafalco bajo el que yacía este gran muerto. Un madero encendido rodó sobre su cuello y le quemó las carnes. Al día siguiente le encontraron sobre un montón de escombros, ensangrentado de su propia sangre, ennegrecido del humo de los incendios, un bastón al lado, su nombramiento de delegado á guerra en el bolsillo del pantalón, un reloj de plata y algunas monedas en el chaleco, sereno el rostro como si, al morir, realizara un supremo deber. Muerte estóica la suya comparable á la de Bruto y á la de Catón; pero estéril, completamente estéril á la libertad y á la República.

Continuemos por esta calle de amargura.

Ferré y Rossel cayeron pronto en manos de sus enemigos. Los dos debían ser fusilados en los campos de Satory. El delegado de hacienda, Jourde, refugiado en casa vecina á los escombros humeantes de la Caja de depósitos y consignaciones, salió á la calle dando de manos á boca con dos agentes de la pública seguridad.

—¿Sois el ciudadano Jourde?

—No, respondió este con gran serenidad. Me llamo Roux. Soy conocido en todo mi barrio. Llevadme á la alcaldía del sétimo distrito, y allí veremos á Mr. Hortus, amo de mi casa de huéspedes y él me reconocerá y servirá para identificar mi persona.

Llevaronlo á la calle de Grenelle, y lo introdujeron en el gabinete de Hortus.

—Buenos días, señor Hortus, dijo Jourde al presentarse. Estos agentes me molestan, ignorando que soy Roux, vuestro antiguo discípulo.

—No, no sois Roux, exclamó el adjunto palideciendo, endurecido por la crueldad que se respiraba entonces en los aires. Sois Jourde, y jamás habeis estado en mi casa.

—Me habeis perdido, le dijo Jourde. Tengo mujer, tengo madre.

El adjunto lo encerró en el cuerpo de guardias de la alcaldía, lo denunció al mariscal Mac-Mahon. Crueldad horrible que debía perderle á él mismo, porque á los pocos días, al renacer la humanidad en su seno, y sentirse acusador de un hombre próximo á ser fusilado, se murió de remordimiento y de pena.

Pascual Grousset pertenecía al número de esas gentes que no descansan cuando dejan de llamar la atención sobre sus personas. Todo el mundo recuerda el papel que representó en el proceso del príncipe Bonaparte. Al firmarse la paz, publicó la siguiente alocución: «precisa un signo exterior al dolor nacional, á nuestra cólera un recuerdo permanente: que todas las francesas vistan de duelo á causa de la venta de los departamentos cedidos á los bárbaros por las fracciones